

EVOCACIÓN DE GRACIELA MATURO

Hugo Francisco Bauzá

Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de San Martín

La Poesía está de luto: el 11 de septiembre de 2024 falleció Graciela Maturo. Cuando se marchó tenía 96 años. Su partida sucedió luego de haber asistido a la Fundación Konex donde se la honró con una premiación. Pensaba no ir pues se hallaba muy cansada pero, instada por los suyos, lo hizo. Al regresar a su hogar, Mercedes, una de sus hijas, decidió quedarse con ella pues la notó muy fatigada. Esa noche la convocaron desde lo alto. Fue así como Graciela, serenamente, dejó este mundo. ¡Qué curioso, era el Día del maestro cuando partía una genuina educadora!

Estas líneas, a modo de homenaje, evocan los dos últimos encuentros que mantuve con Graciela en su departamento de la calle Scalabrini Ortiz. De los múltiples aspectos de la vida de esta humanista (profesora universitaria, investigadora del CONICET, directora de las míticas revistas *Azor* y *Megafón*, coordinadora de grupos de estudio y, esencialmente, Poeta) en las dos charlas a las que me referí se entreveraron recuerdos familiares junto a meditaciones sobre su obra. De esas charlas, una tuvo lugar el 6 de junio de este año; la otra, pocos días antes de su partida. De ambos encuentros conservo algunas fotografías, recurso alternativo tendente a evocar, aunque pálidamente, un instante por fugaz que este fuere.

Me sorprendieron de Graciela su mirada cristalina con ojos oceánicos (Neruda *dixit*), su perenne sonrisa y, pese a lo avanzado de su edad, la perfecta ilación de sus ideas vertidas con voz temblorosa. Me obsequió su último libro –su tesis sobre Ruy Díaz de Guzmán– en el que anotó una sentida dedicatoria de una página ¡sorprendentemente escrita sin anteojos!, con letra algo temblequeante.

Hablamos de poesía. Aludió al *thaûma* ‘el asombro’ del que habla Platón en uno de sus *Diálogos*, punto de partida de la filosofía y del poetizar, destacando que la poesía es un modo de pensamiento que remite a experiencias no ordinarias de ciertos niveles

de la conciencia. Una vez más fustigó a los cultores de la Escuela de Frankfurt para quienes, obliterando el aspecto subjetivo del lenguaje –sostiene Graciela– “la teología y la mística son literatura de fantasía” e inmediatamente pasó a referirse al prodigioso mundo imaginario de William Blake y a los valores simbólicos de los arquetipos según la concepción jungueana, a los que celebra. Evocó poetas que considera clave: Rimbaud y su poesía abierta a otras realidades, Rilke y sus intuiciones sobre la muerte, Vicente Huidobro y su creacionismo, al que admira sin cortapisas. Me comenta que su poemario *La poesía. Un pensamiento auroral*, publicado en Córdoba por el sello Alción Editora, recoge ecos de los citados poetas, aunque sus palabras se orientan, decididas, a exaltar a Orfeo, el mítico cantor y, en tal sentido, pidiendo disculpas por una referencia personal, menciona su obra *Los trabajos de Orfeo*, donde lucubra sobre “la experiencia y el lenguaje de la poesía”. Acerca de ese volumen declara la alegría que le produjo que fuera editado por la Universidad Nacional de Cuyo, institución donde se formó intelectualmente junto a Alfonso Sola González (el padre de sus hijos) y otros poetas y estudiosos de valía. Insiste en que para ella Orfeo es el símbolo supremo de la poesía: el vate tracio que, a causa del encanto de su voz y del hechizo de su lira, subyuga a la natura toda. De tal modo, pone de manifiesto el carácter metapoético del canto capaz, según el mito clásico, de operar incluso sobre la *phýsis*. Mediante su arte, Orfeo, deteniendo el curso temporal, logra descender al inframundo para rescatar a su amada Eurídice, aunque, a la postre, la pierde para siempre.

A propósito de la frustrada experiencia del vate, se pregunta Graciela si la poesía no sería acaso una ficción que dura mientras dura el embeleso de la voz. ¿Se trata de una suerte de alquimia metafísicamente operativa o, solo una invitación a vencer lo aparentemente invencible, la muerte? Insistiendo en el valor órfico del arte de las Musas, me obsequia el volumen de su coprovinciano y amigo Lermo Rafael Balbi – *Orfeo se reembarca* (Vinciguerra, 1998)– prologado por la propia Graciela, al que me insta a leerlo. Se produce una pausa; tomamos una taza de té. Al retomar el diálogo le refiero que siempre he pensado que ella *vive en estado de poesía*, a lo que sonrío con timidez, aunque con mirada complaciente.

Sobre el aspecto órfico de sus creaciones me participa la alegría que sintió cuando el helenista Carlos García Gual, reciente miembro titular de la RAE, incluyó algunos de sus poemas en una *Selección de poesía órfica* editada en Madrid. Me cuenta también, no sin orgullo, que en China la estudiosa Tongxin Fan –a quien conoció por su hija Mercedes, dedicada al estudio de Confucio– acaba de editar una *Antología de poesía latinoamericana* que incluye a seis autores de nuestra América hispánica: en dicha *colonna*, composiciones de Graciela conviven líricamente junto a las de Ida Vitale,

Carlos Trujillo, Margarito Cuéllar, Tallulah Flores y a las de Carlos E. García); se trata de una edición bilingüe español / mandarín. Mediante este hecho advierto que sus composiciones están dando la vuelta al mundo portando un mensaje de paz.

En cuanto al premio que la Fundación Konex le confirió en el rubro “Ensayo literario”, si bien la alegró, me confiesa que le habría gustado recibirlo en el de “Ensayo poético”.

Entre aspectos de su vida, me habla de su regocijo al saber que una de sus nietas – Amparo González– entregada a la danza, se ha radicado en Francia donde triunfa en ese arte y que otra de sus nietas también se ha radicado en Europa por temas afines. De pronto se le nublan los ojos al recordar el accidente y fallecimiento de otra de sus nietas, ocurrido en Mendoza, lo que le produjo un quiebre espiritual: es como si hubiera habido un antes y un después, me dice. Tras ese acontecimiento aciago, la vida ya no es igual que antes: se proyecta una sombra que, cuando menos se la espera, se impone por doquier. Pero después, como reviviendo, evoca, con orgullo, su vida familiar compuesta por 6 hijos, 24 nietos y, por ahora –subraya el por ahora–, 24 bisnietos. También me muestra un cuadro de Charito, una de sus hijas, de la que pondera sus dotes artísticas. No deja de recordar, con cierta ternura, nombres de seres que ya no están: Eduardo Azcuy, su compañero de muchos años, su amistad con Leopoldo Marechal –a cuya obra dedicó un trabajo premiado por el Fondo Nacional de las Artes: *Marechal, el camino de la belleza* (Biblos, 1999) – y entre otros, a su querido y admirado Antonio Di Benedetto; me habla también de Arturo Marasso. Sobre este eximio lírico argentino me tienta en cerrar esta evocación con palabras que, a pedido de la propia Graciela, escribí para la contratapa del libro de su autoría *Bosque de alondras. Antología poética 1958-2017*, volumen que, ante numerosa audiencia, fue presentado en la SADE.

En él, entre otros considerandos, consigné: “Cuando nuestra preciada poeta, siendo muy joven, pidió a Arturo Marasso le dirigiera su tesis doctoral, este le dijo: ‘¿Para qué busca títulos? Usted es Poeta’. No se equivocaba el ilustre riojano. Como auténtico cultor de la poesía había advertido muy tempranamente la presencia de un semejante al valorar en Graciela la prodigiosa capacidad de crear imágenes sorprendentes y la incomparable musicalidad de sus versos, quizá, incluso, habría entrevisto al ángel que, desde el abismo más recóndito, inspira y, a la vez, se solaza con la poesía de Graciela. Repitamos con alegría aquel celebrado verso del florentino: *Onorate l’altissimo Poeta*”.

Querida Graciela, *aue atque uale* ‘adiós y hasta siempre’. Hugo.